



La primera mina, seis toneladas de dinamita bajo el torreón S. O., derrumbó todo un ángulo del castillo toledano. Sobre la ciudad llovió piedra durante minuto y medio

EL ALCAZAR, DE NUEVO EN PIE

Por JAIME SUAREZ

«El Alcázar de Toledo va a ser reconstruido. La gloriosa fortaleza será reedificada respetando sus primitivas líneas arquitectónicas.»
(De la prensa española, 4 de Abril de 1951.)

De El Cid a Moscardó, la historia del Alcázar de Toledo es la historia de España. Al caballero castellano le hizo primer Alcaide de esta fortaleza Alfonso VI, quien la edificó para palacio de los reyes de Castilla y el general español la hizo famosa en el mundo resistiendo en ella, durante setenta días, el cerco de un enemigo infinitamente superior en número. De caballero a caballero narrar el esplendor y la decadencia del Alcázar es contar el esplendor y la decadencia de España.

Mientras Toledo fué Corte, de Castilla, de España, y del Mundo, el Alcázar fué palacio de Reyes y Emperadores. Edificado sobre la más alta de las siete colinas toledanas, corona la ciudad, extendida humildemente a sus pies. Sus cimientos pertenecen a las ciudades romanas, visigoda y musulmana —Alcázar significa en árabe fortaleza—, tres civilizaciones que, como después la cristiana, no dudaron en apreciar el valor estratégico del vértice toledano.

En realidad, fué el Emperador Carlos V, quien hizo inmortal este edificio al gobernar desde él el mundo. Restauró la fachada oriental, de Alfonso X, y la occidental, de Isabel la Católica, ordenando levantar la norte o principal, trazada por Covarrubias. En la portada, que labró Juan Ega, quedó su firma: un inmenso escudo imperial. Desde el Alcázar

sigue el César la gigantesca hazaña de América. El año 1528, precisamente, señala un momento estelar de la historia de la fortaleza y de España: dos hombres, que son primos y que no se han visto nunca, se abrazan en el patio del Emperador. Son Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Vienen a ver a un Emperador, y ellos son otros emperadores. Recibidos por Carlos V, admiran la armadura y la espada de Francisco I, conservadas como trofeo de Pavia; también en Europa se hace historia. Felipe II termina la obra de su padre encargando a Juan de Herrera la fachada Sur, única que se conserva casi intacta. Pero al trasladar la corte a Madrid, coto de caza, y al edificar El Escorial, condena a muerte a Toledo y su Alcázar. Pronto será éste abandonado y su decadencia coincidirá con la de España: El año 1643, el mismo de la batalla de Rocroi —primera vez que no vence la infantería española—, el castillo es destinado a Prisión de Estado.

No basta con la decadencia. Se llegará a la ruina: los enemigos de España hacen blanco en el reducto. En 1710, los mismos ingleses que acababan de «incantarse» de Gibraltar lo incendian. Y un siglo más tarde—Ventura Rodríguez, arquitecto de Carlos III, acababa de restaurar la fortaleza—, los franceses vuelven a incendiarla. Reedificada de nuevo, por Isabel II, es destinada a Academia de Infantería.

Por esto, por ser hogar de la infantería española y por haber sido el ombligo del mundo, estaba ya fijado su destino en 1936. Sublevada la guarnición militar de Toledo junto al general Franco, quedó ésta aislada, a sesenta kilómetros de Madrid, y en medio de un vasto territorio adicto al Gobierno rojo. Moscardó, comandante militar de la plaza, decide atrincherarse



Más de diez mil proyectiles de cañón y quinientas bombas de aviación cayeron sobre la fortaleza, cuyas ruinas testimonian el heroísmo de sus defensores.



En esta fachada, la norte, hicieron blanco —en un sólo día— 472 cañonazos del calibre 15,5. El asalto de la milicia marxista fué, sin embargo, rotundamente rechazado.



Arriba: Hermoso patio, de Covarrubias, casi desaparecido. Abajo: Fachada Sur, de Juan Herrera, única que quedó en pie.



en la Academia. Así empieza el sitio del Alcázar. Una gesta que en la pasada contienda mundial intentaron emular —sin conseguirlo— todos los ejércitos beligerantes.

El 20 de Julio de 1936 cierra sus puertas el palacio de Carlos V, tras mil cien hombres, quinientas mujeres y treinta niños. Todos piensan que en muy pocas horas el Alzamiento Nacional habrá triunfado en toda España y podrán regresar a sus hogares. Sólo traen consigo lo imprescindible. En la Academia Militar son las vacaciones de verano; no hay viveres frescos. Apenas unas latas de almejas, de espárragos... No hay comida, sólo unos pocos entremeses. Pan, tampoco: la Academia lo compraba a diario en una panadería particular. La luz y el agua son inmediatamente cortadas por los sitiadores. Los defensores beben el agua, racionada, de los pozos-algibes del reducto; y se alumbran con lámparas de sebo de caballo. El ganado, que queda sin pienso —molturado para hacer pan—, es la única comida con que se cuenta. Al iniciarse el asedio hay en las cuadras noventa y siete caballos y veintisiete mulos; cuando los defensores son liberados, únicamente quedan cinco mulos y un caballo; comida para seis días. Si los defensores no murieron de hambre fué por un hecho providencial: en una de las salidas hechas para destruir las posiciones enemigas más peligrosas fué descubierto un depósito de trigo de trescientas setenta sacas de noventa kilos. En el Museo de Intendencia de la Academia existía un modelo de molturadora que se hizo funcionar acoplándole una motocicleta. Cuando la gasolina se terminó, los defensores hubieron de moler el trigo a mano.

Esa misma providencia evitó que —apenas sin agua, con la multitud de mujeres y niños hacinados en los sótanos, sin mudar la ropa ni poderse lavar convenientemente— no se produjera ninguna epidemia y, a pesar de que fueron nulas las condiciones sanitarias, sólo hubo en los setenta días siete bajas por muerte natural. La situación de la enfermería no era mucho mejor que la de la despensa. En abundancia no había más que algodón, que no faltó. Pero de los médicos que fueron encargados de ella, el jefe era especialista de la piel y se santiguó con el bisturí la primera vez que hubo de usarlo. Sin embargo, amputó —sin anestesia y con toda fortuna— cinco piernas y cuatro brazos.

Si dentro, en cuanto al sitio se prolongó, la situación material era casi insostenible, ésta se hizo imposible en cuanto el Alcázar fué sometido a un continuo bombardeo de la artillería y de la aviación. Si el edificio no hubiera sido fortaleza medieval y, además, no hubiera estado construido sobre el mismo granito de la roca toledana, habría sido pulverizado.

El bombardeo de la artillería, especialmente, fué despiadado y brutal. A tres kilómetros y medio de la misma fortaleza fueron emplazados dieciocho cañones que dispararon sobre ella día y noche —alumbrado el blanco por potentes reflectores—. El mundo no se explicaba cómo, después del machacamiento de la artillería y la aviación, podían asomar todavía entre las ruinas los fusiles de los defensores; los españoles, sí. Desesperado, el Gobierno de Madrid decidió volar el Alcázar con dinamita. En efecto, bajo los cimientos del palacio de los Reyes de Castilla estallaron al mismo tiempo dos minas de tres mil kilos de dinamita cada una, provocando el derrumbamiento casi total de la fachada de Isabel la Católica y la caída del torreón S. O. La resistencia, sin embargo, continuó. Tomadas las debidas precauciones por los defensores, que lograron localizar la mina, ésta sólo costó la vida a cinco héroes voluntarios. Otra mina colocada en el ángulo N. E. estalló estando ya las tropas del general Varela en las mismas puertas de Toledo. Si éstas hubieran tardado un día más, el Alcázar y sus defensores habrían desaparecido. El milagro de la defensa no podía prolongarse más.

A Moscardó, que fué sometido —como es sabido— al vil dilema de tener que elegir entre su honor militar o la vida de un hijo suyo, y al capitán Alba, muerto al intentar enlazar con el general Mola, les fué concedida la laureada, máxima condecoración española. Al resto de los defensores, la laureada colectiva.

Ante el peligro de que las gloriosas ruinas del Alcázar se desplomen, el Gobierno español ha decidido su reconstrucción, que ha sido confiada al organismo competente: la Dirección General de Regiones Devastadas.

Incendiado por los ingleses y por los franceses, deshecho por los marxistas, el Alcázar no desaparecerá. Será levantado de nuevo otra vez más; para escuela eterna del heroísmo español.